SANTIAGO ARCEDIANO

EL SFUMATO

El escultor Viana no fue profeta en su tierra

Del mismo modo que existe un factor llamado suerte para cualquier aspecto imprescindible en la vida, se encuentra también gente que a la que, haga lo que haga, el azar se le muestra bastante esquivo.

Personas meritorias en su ejecutoria humana y profesional muy esquinadas con la fortuna; individuos a los que analizando ahora con perspectiva su trayectoria, no se les puede dejar aparte la idea de que han padecido un exceso de infortunios: a menudo, traducido en forma de ingrata incomprensión delante de sus contemporáneos. Algo de todo esto, y un poco más, le sucedió al primero de nuestros grandes escultores en época moderna, el riojano alavés Lorenzo Fernández de Viana (Lanciego, 1866-Bilbao, 1929).

Imagen que ilustra la portada de la publicación dedicada al escultor Viana. S. A.

Como anticipo a la atrayente exposición que está preparando el staff técnico del Museo de Bellas Artes de Álava de este escultor a partir del próximo mes de octubre, la historiadora vitoriana Ana Arregui Barandiaran nos ofrece ya el adelanto de una monografía en la que desvela los principales hitos biográficos y artísticos de este singular escultor. Con pragmatismo y sensibilidad, rellena su autora todos los huecos, que eran muchos y grandes, o sea, desconocidos, de Lorenzo Fernández de Viana, que comenzó como humilde y laborioso artesano para cerrar su evolución formativa –siempre en constante aprendizaje– como reputado artista: en una época de transición del XIX al XX cuando la escultura apenas contaba con los aprecios del público y de la crítica, acaso tampoco con el estímulo de los escasos certámenes existentes por entonces.

En todo caso, paradójicamente, sí resultó un período en el que se sucedían con mayor o menor reclamo los concursos escultóricos públicos de índole conmemorativa por parte de las instituciones, que podían o no derivar luego –eso era otro cantar– en la materialización de un proyecto real más allá del plano o de la maqueta; afloraban por igual muy de tarde en tarde los encargos particulares para trabajar la imaginería religiosa, principalmente la escultura funeraria en los camposantos.

También surgían proyectos constructivos para la decoración y el ornato de iglesias, capillas y templos catedralicios, o sea, la escultura como adorno y complemento de la arquitectura. Pues bien; por ahí, entre esas lindes, sobrevivió como pudo el escultor Viana.

De estos asuntos artísticos que devinieron en hazañas vitales se escribe con profusión en la reciente publicación de Ana Arregui. Con la seriedad que la caracteriza, se aporta con exquisito rigor documental, como es obligado, los principales itinerarios del escultor: sus años de aprendizaje en la Escuela de Artes y Oficios de Vitoria; las pensiones o ayudas un tanto raquíticas concedidas por el Ayuntamiento para su instrucción en Madrid con el escultor Aniceto Marinas, o para su peregrinaje por los museos y las academias particulares de París, ayudas, todas, otorgadas ya muy de adulto.

También esa otra etapa interesante con sus labores en la Catedral Nueva de Vitoria y su interrumpida tarea como profesor en la Escuela de Talla y Modelado que se levantó al albur y a la sombra catedralicia en 1909; así como su periplo (1912-1916) por la República de Argentina –«Buenos Aires es París... en construcción» se rememora en el texto–. Luego, sus últimos años, subsistiendo con su práctica artística en Bilbao.

Adobada la biografía con un repertorio fotográfico notable de esculturas, tallas y relieves confeccionados por Viana, estas imágenes recuperan, revalorizan y ponen en orden su trabajo en frentes y temas muy diversos. Se nos recuerda igualmente la iniciativa desconocida para casi todos los lectores acerca de aquel proyecto jamás realizado para honrar con una escultura pública la memoria de Justo Antonio de Olaguibel.

Y sus labores y compromisos como restaurador en pro de la conservación y rehabilitación del patrimonio artístico monumental de la ciudad y de la provincia, que resultaron encomiables. Se citan ejemplos; así en lo referente al santuario de Estibaliz.

También hay que ponderar, en otro orden, el delicado interés de Ana Arregui en no dejar muy mal del todo a un contexto de época –que por otra parte es el que fue, y punto–; pero sobre todo a una sociedad, así en general, un tanto alicorta, y en lo particular, en lo que nos compete más directamente, a unos paisanos muy embarrados en el lodazal de los chismorreos políticos que vertían luego esputos en lo personal. Fue el escultor Viana un contumaz abertzale, un nacionalista, que formó parte del primer Araba Buru Batzar en 1911, y que al año siguiente ya ocupaba la presidencia del Centro Vasco de la capital vitoriana. De esto también se escribe, pues tiene sus consecuencias artísticas, y muy penosas, para el biografiado.

Lo dicho; un nuevo estudio histórico-artístico surgido con el amparo del Museo de Bellas Artes y del área de Cultura y Deporte de la Diputación, a la espera de esa exposición prometida que nos aproxime y nos arroje más luz en torno al oficio escultórico de Lorenzo Fernández de Viana: sobre su esmerada formación académica, sus nociones entre el clasicismo y el realismo, su evolución acompasada pero firme y sin rendiciones con la figura humana como centro. Un escultor que mereció más suerte en su vida personal y profesional. Serán los contenidos de esta muestra también un descubrimiento; para tirios y troyanos. Lo aventuramos como primicia.